

La paz de los nobles

«Un partido no puede ser jamás una oligarquía.—V. R. MICHELS.
—*Les partis politiques*».

No fué ayer la primera vez que el automóvil de los condes de Balazote fué cubierto de flores a las puertas de la Casa del Pueblo. Difícil será que los entusiastas de Lenin, los comunistas irreductibles y los anarquistas discípulos del autor de «La conquista del pan» se expliquen esta aparente anomalía. Sin embargo, ni la Asociación del Arte de Imprimir, que, con la Federación de Artes Gráficas, celebró ayer el trigésimo quinto aniversario de su fundación, ha modificado su programa, franca y resueltamente socialista, ni los citados próceres han renunciado a sus gustos aristocráticos ni a su inclinación a las tradiciones conservadoras; pero las manos de los trabajadores se han unido para aplaudir a los nobles representantes de la vieja nobleza, y éstos han puesto todo su entusiasmo y su talento al servicio del arte para deleitar a los humildes y llevar a sus entendimientos y a sus corazones una ráfaga de idealidad.

Nada tan conmovedor como esta aproximación fraternal entre espíritus de selección, que buscan por distintos caminos la perfección humana; nada tan confortador como este mutuo afecto que coloca lo impersonal de las ideas sobre los egoísmos y las antipatías personales. Por este camino de comprensión y de respeto se iría muy lejos en la senda de la justicia; por el del odio, la sed de venganza y la animadversión recíproca, no puede llegarse sino al desorden y al resurgimiento de la tiranía.

Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero tienen perfecto derecho a considerar suya la Casa del Pueblo. Conservadores en las ideas meramente abstractas, son demócratas y radicales en las obras. Legítimamente satisfechos y aun orgullosos de su limpio abolengo, han querido venerar su blasón, pero han procurado conquistar otro por sí mismos, y lo han conseguido, trabajando sin tregua, ganándose el pan con labor y dolor, democratizando el arte divino de la escena y reflejando en ella, no sólo las pasiones de los soberanos y de los héroes, sino las de los desvalidos, las del humano enjambre que llena los panales de la miel virgiliana. Han trabajado para el pueblo, han sentido con él, se han identificado con sus sufrimientos y con sus anhelos, y todo ello lo han poetizado con su distinción bellamente estética, con su reverencia a los conceptos más elevados, con su culto

a los linajes que, según la frase cervantina, no «acaban en punta». Han demostrado que una aristocracia de origen, cuando sabe renovarse por el merecimiento, es compatible con la revisión de todos los valores y con las teorías más avanzadas, siempre que a los procedimientos de violencia sustituyan los de evolución fraternal.

Por su parte, la Federación de Artes Gráficas representa en el mundo obrero el elemento intelectual, inicia-

dor de todo el movimiento emancipador de las últimas décadas, socializador de la tierra y del cielo, es decir, de la riqueza y de la cultura, campeón de todos los avances que coloquen a todos los seres humanos en condiciones de igualdad social y política y acaben con la explotación capitalista; pero adversario resuelto de los despotismos de arriba y de abajo, de las venganzas y de los desquites sangrientos, no niega su respeto a la verdadera nobleza: la del talento y de la virtud, a la que refrenda sus ejecutorias con la sanción unánime del soberano vulgo y no sueña con robar diademas de cabezas segadas a cuchillo, sino en conquistarlas para todos en fuerza de trabajo, de cultura y de sacrificio.

Ni los condes de Balazote son ex-

Para la biliosidad



DIABLITOS